

# Amor «fou»

Leonard Michels cuenta la relación amorosa que mantuvo con Sylvia, tan fuerte e intensa como cruel y desgraciada

✪ ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Esta historia de amor –que fue real– comenzó como casi todas: con un flechazo; y pocas veces se ha definido de manera tan sutil como certera este fenómeno tan curioso: «La cuestión de qué hacer con mi vida en los cuatro años siguientes quedó resuelta», reflexiona el autor al ver por primera vez a Sylvia en casa de una amiga común. Lo que se nos va a contar a continuación es una relación amorosa tan fuerte e intensa como cruel y desgraciada. Y ya digo que ocurrió de verdad, que Leonard Michaels (Nueva York, 1933-Berkeley, 2003), casi tres décadas después de lo que aquí se narra, decidió rememorar esta etapa de su vida para

contarnos la difícil convivencia con quien fue su primera mujer en un momento (los años sesenta del siglo XX) en que eran evidentes los síntomas de cambio en la sociedad norteamericana del momento.

Según se nos avisa en el, un tanto pedante, prólogo que el escritor argentino Alan Pauls coloca a la edición que comentamos, el propio Michaels definió en su momento el texto como una «memoria ficticia» (sí, ya estamos otra vez con la autoficción, aunque más de veinte años antes de que eclosionara la moda), pero son unas memorias que en algún momento se salen de madre y devienen en una novela, entre otras cosas porque no hay modo de saber (tampoco interesa tanto, la verdad) si en algún momento el autor tergiversa los hechos, toda vez que han pasado treinta años desde que ocurrieron y solo hay un punto de vista único para acercarnos a ellos. Leonard, que tiene ya veintinueve años, conoce a Sylvia, de solo diecinueve, cuando acaba (él) de dejar colgados



## SYLVIA

Autor: Leonard Michaels. Editorial: Libros el Asteroide. Madrid, 2017. 144 páginas. Precio: 17 euros

unos estudios literarios; enseguida queda fascinado por su belleza y su inteligencia tan particulares, pero, de la misma manera, pronto se ve que Sylvia es un caudal de energía incontrolable y peligroso. Incapaz de contenerse ante su sortilegio, Leonard se ve abocado a este «maelstrom» en el que terminan rápidamente mezclándose lo comprensible y lo que no lo es, el dolor y placer, el daño recibido y el provocado, la responsabilidad y la culpa. La historia de amor que aquí se nos cuenta hace justicia al título que he puesto a estas notas: Sylvia Bloch, que tiene ingredientes de todos los prototipos femeninos

que han surcado la historia de la literatura, y los tiene, además, casi todos a la vez, funcionando sin orden de concierto, convive durante breves años con el autor protagonista (prefiero no desvelar el final, aunque se intuye enseguida). La suya es una relación tormentosa hasta casi decir basta, que combina discusiones terribles –inexplicables, las más de las veces– con episodios de sexo apasionado que demuestran, básicamente, la dependencia, tan absorbente como destructiva, que entre ellos existe. Como remate, la incapacidad de lograr los objetivos que profesionalmente se propone cada uno (terminar una carrera universitaria ella, consolidarse como escritor él) se constituye como la yesca definitiva que va animando el más que previsible incendio final, el cual no solo va afectarles únicamente a ellos, sino que también familiares y amigos acaban arrastrados por semejante vorágine.

Al lado de toda esta rememoración el autor va insertando fragmentos de un diario que iba escribiendo en aquellos instantes en los que todo ocurría; tal vez un intento de dilucidación de tan desorbitantes circunstancias, tal vez la salida lógica de tanta frustración como puede provocar la

convivencia con alguien de tan compleja personalidad como lo es Sylvia. Al lector le sirve, además, para conocer de primera mano el fascinante mundo del Greenwich Village neoyorkino, epicentro de la movida cultural de la época, con sus conciertos de jazz, sus poetas beatniks, su alcohol y drogas a tutiplén (ambos amantes participan activamente de todo ello), pero mostrándonos también un reverso no tan enaltecido como el que el cine y la misma literatura nos han ido dando con el tiempo.

Obrita, en fin, necesariamente breve; angustiada en su continuo girar sobre sí misma sin que se vislumbre más solución que la que todos (lectores incluidos) vamos intuyendo. El que ya conocía la historia, por su parte, encuentra aterradoramente lógicos los pasos que conducen a lo que se antoja, desde el primer instante, como un final irreversible. Con todo, nos vence la extraña belleza con que está relatada; los deslumbrantes brillos de un amor que hizo lo posible por permanecer vivo entre la progresiva oscuridad que lo iba cercando, sin rendirse jamás pese a aparentarlo. Una historia triste, sí; y real, encima.